



## Iglesia

Este viernes de la semana de Pascua nos ayuda a ahondar en la palabra “Iglesia”. A todos nos ha impresionado ver la imagen del Papa, solo en la plaza de san Pedro, impartiendo su bendición e implorando que acaba la pandemia. La plaza de san Pedro, según su arquitecto Bernini, simboliza el abrazo universal de la Iglesia, que acoge en sí a todos los hombres. Esta universalidad está presente en el Evangelio de hoy, cuando san Juan nos dice el número de peces recogidos por los discípulos, y son 153, que equivale al número total de especies que se conocían entonces, e indica que la red de la Iglesia toca a todo hombre y a todo lo que hay en el hombre.

¡Y ver vacía la plaza de san Pedro! ¡Ver vacío el abrazo a todos los hombres! Más en general, la falta de pueblo en la liturgia de esta Semana Santa, ¿no nos hace pensar sobre el ser de la Iglesia en nuestro tiempo moderno? ¿No nos enseña algo sobre lo que es la Iglesia?

Nos lo enseña, como tantas cosas que aprendemos en esta pandemia, en negativo. Lo que nos dice es que la Iglesia no puede ser, no es, un conjunto de personas unidas virtualmente. La Iglesia es el cuerpo de Cristo, es decir, la familia que nace del contacto con el cuerpo de Cristo. Su unidad no es virtual, sino real, y no consiste en la unión interior que realizamos viendo la misa por televisión, sino en una unidad que pasa por el encuentro y la presencia.

Si se me permite esta imagen, la Iglesia es una comunidad que no teme el contagio – claro, no hablo del contagio del virus, que hay que evitar prudentemente – sino del contagio de la vida de Jesús. Esto significa que no estamos en la Iglesia porque, por propia iniciativa, hayamos venido a reunirnos y a alabar a Dios. Estamos aquí porque Él nos ha convocado, y esto ha sido como un contagio, y por eso ha transformado también nuestro cuerpo, porque en nuestro cuerpo está aquello que nosotros no hemos creado, sino que nos ha sido dado, y por eso la Iglesia es ante todo el cuerpo de Cristo. Estamos unidos porque, como en el Evangelio de hoy, hemos sido pescados en la gran red de Jesús, llevada de la mano de Pedro.

Recordamos así que la Iglesia no se llena complaciendo al mundo. La primera lectura nos dice que Cristo es la piedra que desecharon los arquitectos y que ahora es piedra angular. La Iglesia es el edificio que se eleva sobre una piedra desechada, no por cualquiera, sino por los arquitectos, que son los que mejor entienden de construcciones. La Iglesia se levanta sobre una piedra descartada por inútil. Por eso será siempre tenida por extranjera en la ciudad de los hombres. T.S. Eliot dice: “¿Por qué tendrían los hombres que amar a la Iglesia? ¿Por qué habrían de amar sus leyes?/ Ella les habla de Vida y Muerte, y de todo lo que ellos querrían olvidar/ Ella es tierna cuando ellos quieren ser duros, y dura cuando a ellos les gusta ser blandos./ Ella les habla de Mal y Pecado, y otros hechos desagradables...” La Iglesia les habla también, podemos añadir, de una visión alta del hombre, de una visión del hombre a imagen del resucitado. Y desde esta visión alta del hombre inspira a toda la sociedad, para que cultive una vida plena.

Y puede proclamar esta visión alta del hombre porque se basa sobre la Eucaristía, donde recibimos su cuerpo y sangre. En el Evangelio, Jesús prepara a sus discípulos un desayuno. Podemos decir que la Iglesia es aquel grupo de hombres a quien Jesús prepara su desayuno. Y esto es también un símbolo de la Eucaristía – pan y peces. La Iglesia es aquel grupo de hombres que comen juntos, que comen una comida de acción de gracias al Padre por habernos hecho hermanos, y una comida que nos da fuerzas para seguir peregrinando hacia la patria definitiva.

El abrazo vacío de Bernini nos recuerda todo esto. Es una llamada a la conversión para la Iglesia. Para que aprendamos cuál es la verdadera fuente de donde nacemos. La Iglesia nace en la Eucaristía, y toda reforma de la Iglesia consiste en volver a vivir de la Eucaristía, y en dejar que la Eucaristía conforme nuestro modo de vivir, y vaya creciendo y se expanda por toda la sociedad. Pedimos que el Señor nos conceda pronto, como a los discípulos, acudir al desayuno que Él mismo nos prepara sobre las brasas a la orilla del mar de Galilea.